

**IMPRESIONES**  
**POESÍAS**  
DE  
**JOSÉ CAMPO-ARANA**  
CON UN PRÓLOGO  
DE DON CÁRLOS COELLO



**MADRID**  
**LIBRERÍA DE M. MURILLO**  
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 18  
1876

---

**AL EXCMO. SEÑOR**  
**D. FRANCISCO ROMERO Y ROBLEDO**

*Debo á usted lo poco que soy y atenciones que con nadapodré pagarle: por gratitud y por cariño, coloco su nombre al frente de este tomo de poesías.*

JOSÉ CAMPO-ARANA.

Madrid 29 de Diciembre de 1875.

---

# ÍNDICE

- [PRÓLOGO.](#)
- [INTRODUCCION.](#)
- [¿DÓNDE ESTÁ?](#)
- [¡SOLO!](#)
- [ÁNSIA.](#)
- [SÚPLICA.](#)
- [DIOS.](#)
- [SOMBRA EN LA LUZ .](#)
- [Á CÁRLOS COELLO.](#)
- [LA VUELTA.](#)
- [¡REBELDÍA!](#)
- [A...](#)
- [EL ANOCHECER.](#)
- [Á UNA LÁGRIMA.](#)
- [NUBE DE VERANO.](#)
- [EFECTO DE ÓPTICA.](#)
- [EL ÁGUILA.](#)
- [DESEO.](#)
- [¿POR QUÉ?](#)
- [EN EL ÁLBUM DE ELISA.](#)
- [DEBILIDAD.](#)
- [AYER.](#)
- [Á UNA ROCA.](#)
- [EL ÚLTIMO AMOR.](#)
- [Á LA SEÑOR DOÑA TEODORA LAMADRID DESPUES DE ADMIRARLA EN LA REPRESENTACION DEL DRAMA "LA LOCURA DE AMOR".](#)
- [ILUSION.](#)
- [REALIDAD.](#)
- [RESIGNACION.](#)
- [¡SE VAN!](#)
- [Á LA MUERTE.](#)
- [RECUERDOS.](#)
- [¡YA NO!](#)
- [¡IMPOSIBLE!](#)

- A MI BUEN AMIGO ANDRÉS RUIGOMEZ.  
[LA GUITARRA.](#)
- [JUNTO Á LA CUNA.](#)
- [EN EL ÁLBUM DE MERCEDES.](#)
- Á MI ANTIGUO AMIGO ADOLFO MALATS.  
[LA CONCIENCIA. PROBLEMA.](#)
- [AMOR Y RESPETO.](#)
- [Á UN AMBICIOSO.](#)
- AL PRÍNCIPE DE NUESTROS CRÍTICOS, Á MI RESPETABLE AMIGO EL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE.  
[MEDITACION.](#)
- Á MI HIJA MARÍA.  
[LA PLEGARIA POR TODOS. \(Traducción de Víctor Hugo.\) FRAGMENTO.](#)
- AL INSIGNE AUNQUE POCO CONOCIDO POETA DON JOSÉ ANTONIO PAZ.  
[ÚLTIMO ASILO.](#)
- Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO EL FÁCIL É INGENIOSO AUTOR CÓMICO DON MIGUEL RAMOS CARRION.  
[OTOÑO.](#)
- [¡MÁS!](#)
- [EN EL ABANICO DE MI HIJA MARÍA.](#)
- [Á MI MADRE.](#)
- AL DISTINGUIDO CRÍTICO, MI MUY QUERIDO AMIGO DON EDUARDO DE CORTÁZAR.  
[MÚSICA CELESTIAL.](#)
- AL EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO BARCA.  
[¿ES VERDAD?](#)
- AL ILUSTRE AUTOR DE LAS DOLORAS Y LOS PEQUEÑOS POEMAS, AL EMINENTE POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.  
[¡COSSÍ FAN TUTTI!](#)
- [AYER, HOY Y MAÑANA.](#)  
A MI ESPOSA.



# PRÓLOGO.

## I.



a aparición de las poesías de Don José Campo-Arana, es una de tantas respuestas victoriosas como la realidad ofreciéndole a los empeñados en la triste tarea de probar al público que atravesamos un período de paralización y esterilidad artística; privando al talento del entusiasmo y de la fé, únicos estímulos que para él dejaron nuestra desangrada patria los que más prosaicamente y ventajosamente la explotan.

{x} No hay que negarlo; los mercaderes están aposentados en el templo del arte, y el público se hace su primer cómplice concediendo decidida protección a todo lo malo y escatimándola a todo lo bueno: lo que vive cuando todo conspira a su muerte, tendrá desgracia sin duda, pero no puede decirse con fundamento que carece de vitalidad.

El arte vive, y vive tan sólo de sí mismo en nuestra sociedad indiferente, aturdida, ávida siempre de sensaciones y embotada para los sentimientos. Nada puede el arte esperar de ella: ella, por el contrario, debe esperar todo de él. El arte regenerará a quien le abandona; el arte enseñará a pensar a quien los hechos no inspiran una reflexión; el arte enseñará a sentir a quien las desventuras que directamente no le tocan, arrancan pocas lágrimas.

El arte alienta y crece en España como una flor fragante entre pavorosas ruinas; y esto no {xi} es menester probarlo: basta con tomarse el sencillo trabajo de verlo.

Nuestros pintores, aún después de muertos Rosales y Fortuny, hacen el primer papel en los talleres de Roma, en los mercados de París y Londres; y si consiguen sobreponerse a las exigencias de una moda estúpida, que tiende a empequeñecer el tamaño y el asunto de sus concepciones, los nombres de Velázquez y Murillo no serán los únicos que pronuncie la posteridad con cariñoso respeto.

La música, desde que Gaztambide, Barbieri y Monasterio echaron sobre sí la difícil tarea de descubrir a nuestro filarmónico pueblo tesoros para él ignorados, ensancha su esfera de acción en España. Marqués colocas inspiradas sinfonías, sin extrañeza de nadie, con aprobación de todos, al lado de las de Mozart y Beethoven, y Arrieta y Caballero engrandecen poco a poco la zarzuela para que, en día lejano {xii}, la noble aspiración de la ópera española se convierta en hermosa y firme realidad.

Aunque la escultura no hubiera producido en nuestra época otra cosa que la estatua, tan bien concebida como ejecutada, del torero moribundo, que tanto nos hizo admirar y sentir en la última exposición, y los nombres de Ponzano, Suñol, los Vallmitjana y tantos otros no gozaran de reputación europea, aquel atrevido intento, aquella estética innovación, sería triunfo suficiente para la gloria de la más ingrata de las artes.

En cuanto á la literatura... La grandeza del cuadro impone espanto, pero su hermosura atrae y hace irresistible el deseo de ensanchar el ánimo con el placer de su descripción.

En el centro, en la cumbre del lienzo, se destaca una figura amable, sonriente, serena, que goza en vida de la estimación y de la fama que la muerte concede á tan pocos: es un anciano {xiii} en cuya mirada brillan juntamente el talento y la bondad con la misma fuerza, en cuya sien los laureles son tantos como las canas venerables: es el autor de *Los Amantes de Teruel* y de *La Ley de raza* y de las *Fábulas* y de *Los Cuentos*: es D. Juan Eugenio Hartzenbusch. La época literaria que le cuenta dentro de sí, que le mira como su patriarca y aún le ha contemplado recientemente lanzar destellos dulces y puros como los de un sol de primavera en su ocaso, no puede ser acusada de esterilidad; tiene que ser respetada, si no envidiada, de cuantas le sigan en la sucesión de los tiempos.

Al lado de D. Juan, y rodeándole con cariño, hay tantos, que nombrarlos á todos, ánteniéndolos presentes, es empresa mayor de lo que parece á primera vista. Ved allí á D. Antonio García Gutiérrez, al ilustre veterano del teatro español, á quien los años parecen rejuvenecer el alma; que todavía dá, que todavía {xiv} ha de dar muchas obras á la escena que honró con el *Trovador* y con *Juan Lorenzo* (drama superior al público que creyó juzgarlo y condenó á sí mismo), para gloria suya y aliento y enseñanza de la juventud, que reza sus versos como las ancianas las oraciones de sus devocionarios. Ved más allá Manuel Tamayo y Baus, que no contento con la reputación que basta á todos los hombres, ha querido conquistar dos, y tomando el pseudónimo de Joaquín Estébanez, ha acometido y llevado á cima con *Un drama nuevo* la temeraria empresa de eclipsar al autor de *Virginia* y *La Locura de amor*. Junto á él y cogidos de sus manos, como un hermano afectuoso el uno, como un maestro y un padre el otro, están Manuel Cañete y D. Aureliano Fernández-Guerra... Manuel Cañete, el poeta inspirado y elegante, el restaurador de nuestro primitivo teatro, el crítico á quien la fuerza, la violencia del amor á lo bello encarnado en su {xv} espíritu, le obliga hasta á ser cruel y despiadado con lo malo; Fernández-Guerra, el sabio infatigable, el sabio poeta, á quien acusan de soñadores sus juicios los que no comprenden que, á veces, tiene que inventarse cosas que no sepa para estudiarlas, porque cuanto humanamente se puede saber está ya tan bien colocado en su cerebro como los libros en una biblioteca. Esforzad, esforzad la turbada vista y descubriréis más rostros conocidos y simpáticos. Rosell, el docto Rosell, cuya prosa sólo puede rivalizar con sus versos; Escosura, siempre elocuente en sus escritos, siempre chistoso en su conversación, siempre benévolo con la juventud de que eternamente formará parte; Arceche, el severo, inimitable historiador de la *Guerra de la Independencia*, el narrador ameno de la vida de *Un soldado español de veinte siglos*; Valera, el naturalmente correcto autor de *Pepita Giménez*; Campoamor, el que hasta nombre ha tenido {xvi} que inventar para su poesía, tan singular y extraña como avasalladora del ánimo y de la atención; Oliván, el hablista rival de Cervantes y de Moratin, el que posee en su pluma una varita mágica que hace brotar poéticas flores sobre los problemas económicos y sobre las leyes agrícolas; Balart, el ingenioso crítico que vuelve sobre su olvidada pluma para terror de los poetas chirles, para regocijo de los que arrancan un elogio á su censura severa y sana; Canalejas, el ameno preceptista; Selgas, el incansable rebuscador de retruécanos y paradojas, el terrible

ensor de las modernas costumbres; Nuñez de Arce, el viril cantor de las angustias de la patria; Silvela, el fino y cáustico Velista; Frontaura, el ingeniosísimo retratista del pueblo; Luis Guerra, el biógrafo, el vengador del autor insigne de *La verdad sospechosa*; Castro y Serrano, el que fué á Suez sin moverse de Madrid, el que escribió las *Cartas trascendentales*, y {xvii} *La Capitana Cook* y *Las Estanqueras*; Alarcon, el *Testigo de la guerra de África*, el viajero *De Madrid á Nápoles...* Mil más que convierten el grupo de los escritores que tienen ya basada en sólido cimiento su reputación, en un inmenso océano de cabezas.

A su lado, y como huyendo avergonzados de la compañía de los demás, nos muestran la espalda los transfugas de la literatura; los que van á buscar en la política, más que el nombre que su natural disposición les brindaba, un descrédito probable por el pronto, y, á la larga, el anatema ó el olvido.

No es insignificante el número de los que en otro extremo del cuadro se imponen al cansancio de nuestros ojos con la viveza y animación de sus figuras. Echegaray, el hombre de ciencia, el político, aparece en primer término al frente de la laborada multitud de los Zapata, los Herranz, los Sánchez de Castro, {xviii} Gaspar, Calvo y Revilla, Barrera, Valcárcel, Bustillo, Balacart, etc., etc., etc., trocando el compás por la pluma, y transformándose de un golpe en el autor dramático más atrevido de su época.

Vedlos á todos, entusiastas soldados del arte, escalar las ásperas alturas que guían á la cumbre donde se asienta el templo de la Fama, enardecidos por la fé que rebosa en sus almas, por la hermosura de la conquista, y no ménos que por todo eso, por las voces del ilustrado y benévolo Navarrete, del ático Sánchez Pérez, del tan discreto como bilioso Revilla, del juicioso y noble García Cadena, del entusiasta Alfonso, del concienzudo Cortázar.

¡Estéril el período literario que atravesamos!; Vale la pena tan peregrina acusación de que nos ocupemos de ella un momento más?

{XIX}

## II.

Hace algunos años, ofrecía la Plaza de Santa Ana un aspecto muy distinto del que ahora presenta; y, sin duda porque el que estas líneas escribe la contemplaba entonces con los adúladores ojos de la adolescencia, infinitamente más bello. Verdad es que la fachada del teatro Español no ostentaba los primores del revoque moderno, que confunde en sabrosísimo consorcio los edificios públicos y los platos de huevos moles adornados de clara batida, donde las Góngoras lucen la habilidad de sus manos para delicia de los fieles golosos; verdad es que aquella tierra inculta no se había engalanado todavía con la improvisada exuberancia de la naturaleza municipal; pero no es ménos cierto que la Plaza de Santa Ana, sin sus tenduchos de madera en {xx} que los gorriones morían tan rabiosos y desesperados como Werther, en que los grillos se ensayaban para cantar zarzuela, en que los titís y las cacatúas daban con sus asquerosas miradas y con su coquetismo, abundantes pruebas de que los vicios y flaquezas son lo que más une al hombre con los animales; sin todo eso, repito, la Plaza de Santa

Ana será todo lo que se quiera... menos la Plaza de Santa Ana. ¿Quién, cuando muchacho, no se ha extasiado ante aquellos destartados cajones? ¿Quién, por el módico precio de dos cuartos, no ha comprado, al mismo tiempo que la pobre víctima, el cargo de verdugo, ejercido con tanta inocencia como resolución? Yo sé de un niño (cuyo nombre reservo para no ofender la modestia y resucitar los remordimientos en quien ya es hoy un hombre muy barbudo y que peina canas); yo sé de un niño que, al cumplir los nueve años, repasó la lista de sus *aviciidios*, y, menos sanguinario {xxi} que Tenorio, sintió profundo arrepentimiento y vivo deseo de enmendar de alguna manera sus crímenes, y ya que no pudo decir aquello de

Si buena vida os quité,  
buena sepultura os dí...

porque los cadáveres se habían extraviado por el garguero del gato de su casa, pidió á su padre (no al padre del gato, al marido de su madre) dinero para comprar todos los billetes de la próxima extracción de lotería; medio ingenioso que había imaginado el infante para sacar el premio gordo, comprar con él todos los pájaros de la Plaza de Santa Ana, y en un día y una hora darles libertad.

¡Dulce, encantadora edad de la infancia, en que lo feo es bonito, toda ambición posible, y hasta los remordimientos se presentan con forma cómica!

En un ángulo de la plazuela, se alzaba por el {xxii} año de 1868, y debe alzarse todavía (el regente de la imprenta no me dá tiempo para averiguarlo), una casa de tres pisos y un solo balcón en cada uno, propiedad de una maestra de niñas, que tenía *amiga* en la calle de Belén, y que, para cierto objeto que más adelante se dirá, cayó en gracia (el cuarto, no la maestra,—esto de escribir de prisa tiene muchos y graves inconvenientes) á unos cuantos jóvenes, escritores unos, que no escribían; estudiantes otros, que no estudiaban, y empleado alguno, que empleaba el tiempo en no asistir á la oficina. Aquel cuarto, tan reducido que bien hubiera podido llamarse ochavo, constaba de un pasillo estrecho, que parecía ancho á fuerza de ser corto, un gabinete donde bien podrían haberse seis personas de pie, pero incómodamente, y un balcón á la *plazade los pájaros*.

Cuando los mancebos en cuestión se dirigieron á su propietaria y le manifestaron el atrevido {xxiii} pensamiento de alquilarlo, la ilustrada y nariguda maestra de niñas estuvo indecisa largo tiempo: el que ellos tardaron en reunir, escudriñando y vaciando los bolsillos de todos, la escasa cantidad á que montaba el mes adelantado y el de fianza. Sin embargo, sus temores, que entonces ni siquiera sospecharon los inquilinos, eran injustos y probaban que la maestra de niñas sabía más de lo estrictamente necesario para dar buena educación á unas cuantas señoritas. Aquella habitación se había alquilado para trabajar; para,—huyendo de llores de niños y cánticos de criadas en las respectivas casas de los mozalvetes, y de la inspección más bien intencionada que rigida de la familia,—dedicarse á lo que formaba todo su encanto: emborronar cuartillas y hacer artículos que se insertaban de balde en el *Cascabel* ó en el *Museo Universal* (y resultaban caros), componer versos indignos hasta de los periódicos {xxiv} de modas, dramas destinados á ser rechazados por todas las empresas, y otras hazañas por el estilo.

¡Cuán dichosa tarde, aquella en que sentados en el suelo al rededor de una silla de Vitoria, ante una humeante ponchera, se inauguró lo que desde luego fué bautizado con el poético nombre de *El Nido*, y se acordó por unanimidad la conveniencia de amueblarlo... si la próxima sesión había de levantarse con pantalones completos. Uno llevó las sillas al día siguiente (¡cuántas

noches debió soñar el sillero con que se había ido á Sevilla!); otro una máquina de café; otro una colección de retratos de hombres célebres; otro una pipa para fumar él y llenar el cuarto de peste y de humo, asegurando que así lo calentaba, y otro una estera de verano, aprovechando la circunstancia de ser invierno,—con lo cual lograron hacerse en Diciembre la ilusión de estar en Agosto y llegar á Junio {xxv} con la estera tan rota, que con barrer un poco quedó hecho el desestero.

La vida de los habitantes del *nido* era tan dulce como la de todos los que esperan, como la de todos aquellos para quienes en el despacho del teatro de la ilusión no ha aparecido aún el fatídico letrero de «No hay billetes.» Casi todos eran republicanos, y no eran más, porque no había más que ser; y el único decididamente afiliado en el partido conservador, pensaba con seriedad en la conveniencia de escribir un drama político-filosófico-social probando que los casamientos de Estado son una infamia intolerable, que un rey debe casarse por amor y dar su mano á una fregona de palacio, si ésta, con la bondad de sus prendas y la belleza de su palmito, ha logrado inclinar el ánimo de S.M. desde las ventanas de la régia cámara hasta los respiraderos de las régias cocinas.

{xxvi} Todos los habitantes del *nido* eran críticos entónces (apenas habían escrito nada que valiese algo todavía), y á haberles conocido las empresas, les hubieran prohibido la entrada en sus teatros las noches de estreno. Siempre recordaré (eternamente impreso lo tendrá alguno de aquellos jóvenes... en la mejilla izquierda) el lance acontecido la noche que por primera vez se representó cierta bufonada en el coliseo de Jovellanos. Los carteles anunciaron el desafuero contra el arte, y aquella alborotada juventud se posesionó del centro de la galería baja, dispuesta á vengar las injurias que, no sin razón, daban de antemano por inferidas á su ídolo. El público sensato se mostraba descontento, los *alabarderos* aplaudían más furiosamente á medida que perdían la esperanza de vencer en aquella jornada, y su jefe, hartado ya de oír los dictámenes contra la pieza proferidos por el más procaz de los habitantes del *nido*, encaróse {xxvii} con él, y díjole:—«¿Cuántos años tiene usted, caballero?»—«Quince, para servir á usted,» contestó el interrogado con un aire que desmentaba el compuesto de las palabras.—«Y ¿no le gusta á usted esta obra?» tornó á preguntar el jefe de *alabarderos*.—«Nó, señor,» tornó á contestar aquél, y añadió acto continuo:—«Y á usted ¿le agrada?»—«A mí me parece una obra muy aceptable,» repuso el imprudente amigo de la empresa. Nuestro joven le miró de alto abajo, y exclamó:—«Pues compadre, está usted adelantado, para la edad que tiene!» Frase que le valió un coro de carcajadas de todos los que le rodeaban, un tremendo bofetón del militar-paisano, y la probabilidad de pasar la noche en la prevención con todos sus compañeros, que salieron bizarramente á su defensa.

Justo es decir que los que en ciertas ocasiones se mostraban implacables, eran cuando se estrenaba una obra de algún autor demercedido {xxviii} crédito, los que con más placer le palmoteaban y con más entusiasmo pedían su nombre.

Las ideas revolucionarias que los dominaban en política, los avasallaban también en literatura; y para ellos lo más exagerado era siempre lo mejor.

De resultas de una discusión comparando el romanticismo y el clasicismo, el busto de Molière salió desterrado del *nido*, y aún me parece leer sobre sus paredes la quintilla escrita con carbon un día que se recordaron las burlonas censuras de Moratin al autor de *La vida es sueño*.

Os indignais sin razon  
Contra ese ultraje tan ruin;  
¿Puede, en ninguna ocasion,  
Amenguar un MORATIN  
La gloria de un CALDERON?

Los caracteres de los habitantes del *nido*, corrian parejas, por lo distintos, con los muebles {xxix} de la salita. Todos, y esto era lo único en que se parecían, eran aspirantes á escritor; á excepcion de dos, cuyas obras habian sido aplaudidas por el público, y que sin tener en cuenta esa circunstancia, se dignaban mirar como compañeros á los demás. Era el más viejo, y era y es bien jóven aún, uno cuyo nombre es ya garantía para el público que asiste á los estrenos de sus obras, de que va á pasar una noche feliz: tanta es la habilidad con que sabe disponer la sencilla y natural trama de sus piezas: tanta y tan fina es la sal con que sabe aderezarlas y servir las al público, su infatigable convidado. De mediana estatura, delgado, nervioso, su cabeza ocupaba casi una tercera parte de su cuerpo; quebrado el color, rayando en bilioso, un mechón de alborotados cabellos negros adornaba su despejada frente y entonaba la dureza de líneas de aquella nariz aguileña, de aquellas cejas desiguales que daban sombra á unos ojos en {xxx} que la impaciencia, la sutilidad y la astucia eran tres amigas que continuamente caminaban del brazo. ¿No le conoces, lector? ¿No le has visto salir á escena estas noches? Es Miguel Ramos Carrion, el autor de *Un sarao y una soirée*, y de *La gallina ciega*, y de *Esperanza*, y del *Cuarto desalquilado*, y de *Los doce retratos*, y de *La mamá política*, y de una obra que se representará en breve y acabará de consolidar su reputacion.

Miguel ¿quién lo diría conociendo sus obras! era desgraciado: ya no lo es; ya su trabajo basta para sostener las cortas necesidades, la existencia preciosa de su madre, y el recuerdo del tiempo malo sólo puede ser para mi amigo el fondo negro, que no es triste, puesto que hace destacar la claridad del primer término. Miguel, luchando con innumerables contrariedades de todo género, escribía artículos, hacía versos para mil objetos distintos, traducía en tres dias una pieza {xxxi} ó una zarzuela que solía representarse con ajeno nombre, y en vano pedía á los sucesos un momento de tranquilidad para hacer al fin algo más digno de sus envidiables facultades. Sus compañeros del *nido* se las reconocían á coro, sostenían su fé vacilante, y hoy sienten tanta felicidad por su suerte como orgullo por no haberse equivocado en sus pronósticos.

No puedo dejar de hablar de Ramos sin nombrar al que, unido constantemente á él, lo completa como la postdata á la carta en que falta algo. Me refiero á cierto estudiante de taquígrafía, asturiano de profesion, de alma de niño, de corazón de hombre, nacido para tener un amigo, y á quien todos desean tener por tal. Toribio Granda idolatraba á Miguel Ramos como la madre quiere á su hijo, y le admira sinceramente y le gruñe sin cesar, y sufre más que él, que es cuanto se puede decir, la noche en que estrenó alguna obra,—obra {xxxii} que la noche del estreno es tan de Toribio como de Miguel;—que tiene tanta influencia sobre Ramos, que, á veces, hasta le hace trabajar.

Al *nido* pertenecía también otro pájaro que después de tomado vuelo por las regiones de la política, y sabe Dios hasta dónde llegará. Hasta donde quiera, porque, hoy como entonces, todos sus compañeros reconocen en él más talento que en ninguno y ménos discrecion para emplearlo y convertirlo en otra cosa que en un perro que muerde á su amo. Adolfo Malats era, al formarse el *nido*, cuando él no habia aún soltado el cascarrón, un muchacho rubio, largo, paliduchó y ojoso.

En su mirada lánguida se veía continuamente prematuro cansancio: en su frente cubierta de pelo no se adivinaba la inteligencia, pero allí estaba, y esto es lo principal; en sus labios desdeñosamente plegados, una sonrisa fría helaba de pena a sus amigos, que le miraban hartos del mundo sin conocerle, incrédulo {xxxiii} sin creerlo él mismo, holgazán con terrible trabajo, murmurador sin interés y perdiendo lastimosamente el tiempo con la serenidad del que se las echa a correr con un chiquillo y le dice:—«Anda, llévame un cuarto de hora de delantera, que yo te alcanzaré antes de cinco minutos.» Adolfo Malats, la memoria más feliz, el juicio más hábil para tropezar en una cosa con el defecto, la imaginación más ingeniosa del mundo, uno de los hombres que tienen más talento para encerrar un tomo en una frase, para estar una semana contando cuentos que nadie sabe, era el año de la fundación del *nido* un hombre de mucho talento que no había encontrado todavía el sentido común. Hoy sus palabras y su conducta parecen anunciar a la vez el hallazgo. Adolfo Malats era el aficionado a todo (pero el aficionado inofensivo, el que *no ejerce*); nuestro consultor, el que con un elogio, rarísimo en su boca, nos hacía felices. Hombre {xxxiv} de condiciones buenas y malas más diversamente mezcladas, dudo que haya existido jamás; mejor amigo de sus amigos, corazón más noble para gozar con la felicidad ajena, alma más libre (y se comprende bien) de envidia por nadie ni por nada, eso sí puedo afirmar rotundamente que jamás ha existido.

Tipo bien opuesto al de Adolfo, es Andrés Ruigómez, el autor de *Silvestre del Todo*, que no sé cuándo acabará una preciosa novela de costumbres que en Francia haría su reputación y su fortuna; que hoy, alejado de la literatura, entregado a las nobles tareas del foro, quizá le reserva la suerte una existencia más desahogada y tranquila que la de sus compañeros, si bien todos éstos la mirarán siempre como propia y creerán que en su querido Andrés han mejorado de fortuna. Andrés era el padre grave de la reunión; el padre grave por la seriedad de su cara, por lo reposado de su voz, por la entonación {xxxv} verdaderamente forense con que ya entonces exponía sus originales teorías sobre arte, sobre política, sobre religión y sobre todo. Andrés se las echaba de hombre de mundo, y apenas era hombre mundano; Andrés se las echaba de hombre libre de preocupaciones, y hasta mucho después de aquellos venturosos días no ha logrado verse libre de la preocupación de no tener ninguna; Andrés se las echaba de hombre formal, y él era el único que mientras hablaba conservaba la cara seria, resalte el mejor de sus chistes. Talento sólido y bien nutrido, sagaz observador y pintor felicísimo de costumbres, Andrés Ruigómez hubiera alcanzado en Francia, con aliento para sus primeros pasos y recompensa para sus primeros merecimientos, una reputación no menor que la de Paul de Kock, a quien vence en la profundidad de las ideas y no cede en la fuerza del chiste.

Tipo bien opuesto también al de Adolfo, era {xxxvi} el de otro personaje que no quiero bosquejar, para irme directamente a la figura principal de mi cuadro, que también se crió al calor del *nido*: el autor del presente libro, mi querido amigo Campo-Arana.

### III.

*Don Quijote* le llamaban sus compañeros; y hoy, que ya estoy un guapo mozo, no parecerá imprudente confesar que el motele estaba como anillo al dedo. Y Campo recordaba a D. Quijote por algo más que por lo seco y desgarbado de su cuerpo, lo avellanado del rostro y el

## Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

